

# El Jesús histórico

*François Mauriac no es un teólogo. Es, ante todo y sobre todo, un novelista. Sin embargo, la línea de su novela arranca del Cristianismo y tiene su punto de proyección en el mismo Cristianismo.*

*La calidad de su ortodoxia se ha puesto más de una vez en tela de juicio. No es raro que en torno a su idealario suenen con demasiada frecuencia términos acusadores que intentan precisar con excesivo acento de polémica su posición intelectual y católica.*

*Mauriac ha introducido en el rimerero de sus novelas un extraño libro: La Vida de Jesús. La decisión de enfrenarse con una obra de*



*esta envergadura no parte de ninguna base propiamente teológica sino de un imperativo psicológico. En una frase del prólogo nos dice: "Solo creo en lo que toco"... La contradicción de los términos y el matiz hiriente de esta confesión queda ampliamente interpretado y justificado a lo largo de este libro. Se trata, sencillamente, del esfuerzo de un hombre creyente por salvar de una manera apasionada "la carne de Cristo". Contra el exceso de especulación, Mauriac se presenta con un exceso de simple amor cristiano. Jesús se incardina, en esta obra, en lo más sensible del mundo y en lo más familiar de nuestra vida.*

**"No es que menosprecie la crítica histórica, ni tampoco que sea para mí completamente extraña.**

**Salí del colegio en plena crisis del "modernismo". En los primeros años de nuestro siglo, la fe de un joven católico se veía asediada por todas partes. La persecución del "combismo" en Francia no significaba nada al lado de los ataques contra la doctrina; los más poderosos fueron conducidos en el interior mismo de la Iglesia con una habilidad y talento "endiablados".**

**El que a la sazón se llamaba aún abate Loisy, no publicaba nada que yo no leyese con una avidez dolorosa. Algunos de sus rasgos me afectaron**

NUEVO Y VIEJO

profundamente. Creía cuanto decía y, para no ser menos, sacrificué los versículos que el sabio abate denunciaba como interpolación. ¿Confesaré hoy que por culpa de él y de sus émulos me abstuve durante años de leer el Cuarto Evangelio? E incluso en los sinópticos, me aparté apenas del texto de San Marcos.

Como muchos católicos ofuscados de aquellos años, las dificultades históricas me incitaron también a buscar en otras partes de la historia los fundamentos del Credo, al que no dejaba de adherirme siempre. El Cristo viviente en la Iglesia, viviente en los Santos y en cada uno de nosotros, autentificaba al Cristo de la historia. Fui a la sazón lector asiduo de los "Annales de philosophie chretienne". La revelación interior, sin sustituirse en el hecho histórico de la Encarnación, debía ser suficiente, según creí entonces, para invalidar las argucias de los historiadores. Volví a encontrar en mis apuntes numerosas citas del Padre Tyrrel y de los apologistas de la Inmanencia.

Desde entonces, la Iglesia ha separado entre ellos la cizaña del buen grano. En cuanto a mí, atestiguo que me vino mucha luz de este lado y que muy lejos de separarme del Cristo de Nazareth, el estudio del Cristo interior me condujo a El. El conocimiento del río había hecho que me apartara de toda inquietud con respecto al manantial: el gran árbol lleno de pájaros me hizo mirar sencillamente el grano de mostaza.

Poco a poco me fui acostumbrando a examinar más fríamente ciertas objeciones. Saltaba a la vista que Monsieur Loisy y sus discípulos partían de un "a priori" tan exigente como podía ser mi fe en Cristo: la imposibilidad de admitir en el plan de la historia nada que pudiera implicar la existencia de lo Sobrenatural. Esta negación no ha terminado de suscitar las hipótesis más gratuitas, las conjeturas más azarosas.

"¡Cuántos esfuerzos para oscurecer la divinidad de Cristo —ha escrito admirablemente Paul Claudel—, para empañar ese rostro insostenible, para allanar el hecho cristiano, para borrar los contornos bajo las finas vendas entrecruzadas de la erudición y de la duda! El Evangelio disecado en pedacitos ya no constituía más que un monton de materiales incoherentes y sospechosos en donde cualquier aficionado podía buscar los elementos de una construcción tan pretenciosa como provisional".

Cuando hoy día se me ocurre volver a leer aquellos mismos textos que antaño me habían turbado, u otros más recientes, me doy cuenta de que me hallo entre personas apasionadas, con los confesores de una fe imperiosa. Necesitan la seguridad de que ese Jesús haya sido un hombre parecido a los demás, un agitador como hubo tantos antes de El y después de El. Sin embargo, ¡cuánto mejor hubiese sido y cuánta mayor confianza nos daría que nunca hubiese nacido! ¡Ah, sí! Muchísimo mejor hubiese sido que aquel hombre jamás hubiera nacido. Los que le han traicionado podrían entonces dormir en paz, con la cara vuelta hacia la nada.

(.....) Lo que, más que ninguna otra razón, me ha movido a escribir esta "vida" es la necesidad de volver a encontrar —de tocar con la mano, por decirlo así— al Hombre viviente y que sufre, cuyo sitio queda vacío en medio del pueblo: el Verbo encarnado, esto es, un ser de carne, de una carne semejante a nuestra carne. (...) Porque un Couchoud o un Dujardin, no son unos blasfemos ni, dicho propiamente, unos ateos; sólo niegan la existencia histórica del Salvador para asegurarle una vida independiente de todo cuanto limita, mengua y humilla en El a Dios.

Aun cuando esta tentación sólo me viniera desde muy lejos, en este punto he cedido siempre a una exigencia de mi espíritu que no se mueve a sus anchas más que en lo concreto. ¿Voy a confesarlo? Si no hubiese conocido a Cristo, "Dios" hubiera sido para mí una palabra desprovista de sentido. A no ser por una gracia particular, el Ser infinito me hubiese resultado inimaginable e impensable. El Dios de los filósofos y los sabios no hubiera tenido cabida alguna en mi vida moral. Era preciso que Dios se sumergiera en la humanidad y que en un momento preciso de la historia, en un punto determinado del globo, un ser humano, hecho de carne y sangre, hubiese pronunciado ciertas frases, ejecutado ciertos ademanes para que yo me hincara de rodillas. Si Cristo no hubiera dicho: "Padre Nuestro..." yo nunca hubiera alcanzado el sentimiento de filiación: esta innovación nunca hubiera asomado desde mi corazón a mis labios. Sólo creo en lo que toco, en lo que veo, en lo que se incorpora a mi sustancia, y he aquí por qué tengo fe en Cristo. Todos los esfuerzos encaminados para reducir en él la condición humana, van en contra de mi tendencia más profunda, y sin duda es preciso enlazar mi tendencia en preferir el rostro de Cristo Rey —el del Mesías triunfador—, con la humilde figura del hombre al que en el albergue de Emaús los peregrinos de Rembrandt reconocían, al partir el pan, como nuestro hermano cubierto de heridas, nuestro Dios."

(Tomado del prólogo de la «Vida de Jesús» de François Mauriac.

Introducción al texto de José Luis Blanco Vega, S. J.)

